

## LUIS CAZORLA



Luis Cazorla, Vicepresidente del Consejo de Redacción de Thomson Reuters Aranzadi. Catedrático de Derecho Financiero y Tributario. Abogado Académico de Número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.



## AL EMBAJADOR DE MARRUECOS LE GUSTA LA FIESTA DE LOS TOROS

### I

La muerte sorprendió al sultán Abd-ul-Lah en su palacio de Fez en los primeros meses de 1757 del calendario cristiano o 1171 de la hégira.

Murió en medio de un respeto generalizado. De su corte, de su imperio y de potencias extranjeras, como Inglaterra, Dinamarca y Holanda, con las que había firmado sendos tratados de paz y comercio.

Su hijo Mohamed Ben Abd-ul-Lah ben Ismail, que tomó el nombre de Amir el Mumenin o jefe de los creyentes, no dudó en seguir la política de paz y apertura que como príncipe ya había contribuido a forjar durante el sultanato de su padre.

En esta política faltaba un eslabón fundamental: España. Durante los reinados de Felipe V y Fernando VI habían sido numerosas las peticiones españolas de que se firmara entre los dos reinos tratados que garantizasen no solo el libre y pacífico comercio, sino también algo que el reinante Carlos III volvía a reclamar con la fuerza de un monarca que había impuesto orden en su imperio y fijado sólidas metas de política internacional. Reclamaba quien había sido antes rey de Nápoles y Sicilia que las levantiscas cabilas rifeñas y yebalíes dejaran de hostigar las posesiones españolas del norte de África.

Los antecesores de Mohamed, incluido su padre, hicieron caso omiso a estos reiterados requerimientos. Podía resultar extraño que hubiera sido así cuando Marruecos había firmado tratados con monarquías tan lejanas como, por ejemplo, la danesa. Pero para el conocedor de la realidad no lo era: las cabilas yebalíes y, sobre todo, rifeñas se escapaban hasta hacía poco tiempo del control del sultán de Fez, que no podía ofrecer paz a los españoles cuando él mismo era incapaz de imponer su autoridad a los hostigadores.

Pero el franciscano padre Girón, establecido en Fez con permiso del sultán para atender a los cautivos cristianos y facilitar la negociación de sus rescates, y Tomás Bremond, primer cónsul general de España en el imperio fecí, sabían que la situación había cambiado, y que, gracias a la hábil política de palo y zanahoria desarrollada por su padre y continuada por él, el sultán Mohamed controlaba ahora las zonas ocupadas por las cabilas fronterizas con los dominios africanos españoles, y que, por tanto, se podía ya entrar a negociar, además de aspectos comerciales, la garantía del cese de las hostilidades allí, algo que tanto deseaba Carlos III.

## II

Había llegado el momento, pues, de enviar una embajada a Madrid para negociar el ansiado tratado de paz y comercio entre Marruecos y España.

El padre Girón, favorecido por su larga experiencia en la corte de Fez y por los genes franciscanos de los que era portador, se movió con gran habilidad, secundado por el cónsul Bremond. No le resultó difícil convencer al judío sefardita Joshua Bengalid, influyente consejero del sultán y bastante prohispano, de que se daban las condiciones favorables para algo pendiente desde hacía muchos años: el tratado con España. Cuando le hubo convencido, el astuto franciscano no dudó en dar un paso más allá: deslizó con suave determinación que la persona adecuada para encabezar la embajada era Ahmed Ben el Mohedí el Gazel.

Girón, Bremond y Bengalid cumplieron su trabajo con gran eficacia. Con la ayuda de Ezequiel Sumbel, judío también consejero real, convencieron al gran visir Muley Dris, quien les acabó comunicando al cabo de tres meses —en octubre de 1765— que en mayo de 1766 de la era cristiana o principios del año 1180 de la mahometana el sultán proyectaba enviar una embajada a Madrid para negociar el tratado de paz y comercio con España, si su majestad Carlos III daba el plácet y la iniciativa era bien recibida.

Enterado de la noticia, Bremond se encerró en su modesto despacho del consulado español situado en una de las calles principales de la apiñada y tumultuosa medina de Fez para preparar el oportuno correo dirigido a Madrid. Aunque todo lo que redactaba lo hacía empapado de la satisfacción del deber cumplido, cuando se refirió a el Gazel como cabeza de la embajada marroquí explotó en un entusiasmo que le obligó a repetir más de un pliego. Tras ponderar su simpatía, cultura, espíritu flexible e interés por abrir Marruecos a los avances de la civilización, se entretuvo en

lo que estimaba esencial para el buen fin de la misión negociadora: su condición pro española, y su gusto por la cultura y costumbres patrias, en especial por las corridas de toros, así como por los vestigios de la multiseccular y rica presencia árabe en la península ibérica.

### III

El Gazel se hallaba en plena madurez a sus cuarenta años. Su porte era digno e imantaba a quien se cruzaba con él, adornado con la más exótica y elegante vestimenta propia de su procedencia. Era muy dado a los festejos, desde los más exquisitos hasta los más populares. Era curioso y se entretenía aprendiendo.

También le gustaba mucho viajar. En uno de sus desplazamientos por el imperio, que le llevó a Xauen, sintió gran atracción hacia lo que los descendientes de los moriscos expulsados de España siglos atrás que habían fundado esta ciudad santa le relataron sobre una fiesta que combinaba la habilidad del caballo con la fuerza del toro. Se trataba del rejoneo, única manifestación de la lidia taurina conocida por los españoles que, expulsados de su patria, fundaron Xauen, la ciudad santa que tanto recordaba a los pueblos andaluces de las serranías de Cádiz.

A su regreso de Xauen, el franciscano y el cónsul de España tuvieron que contestar a las numerosas preguntas de el Gazel sobre el toreo, y se dieron cuenta al instante de que un nuevo atributo se sumaba a los que el distinguido marroquí ya poseía para encabezar la importante embajada a España: su encendida pasión por todo lo que rodeara la fiesta brava.

Para estimular más a el Gazel en su lucha por obtener del sultán este nombramiento, Bremond le contó varias cosas que encendieron aún más su interés. El toreo a caballo, gra-

cias a figuras como Francisco Romero, su hijo Juan Romero y un jovencísimo y prometedor Pedro Romero, su nieto, había dejado paso a la lidia de la res a pie; «¿a pie y solo con muleta y espada?», interrogó asombrado el marroquí cuando el cónsul se explayó en estas novedades. No mostró menor asombro cuando le relató que era tal la pujanza que la fiesta de los toros estaba cobrando en España que, en su capital, Fernando VI, el anterior rey hermano del actual Carlos III, había encargado en 1749 a su arquitecto mayor Juan Bautista Sachetti el diseño de los planos para levantar una plaza de toros permanente en parajes cercanos al sitio del Buen Retiro, en los primeros tramos del camino de Aragón. «Gracias a esta iniciativa de su majestad Fernando VI y al buen hacer del arquitecto Ventura Rodríguez, Madrid cuenta con un hermoso coso de cal y canto, madera y ladrillo», se recreó Bremond en la suerte ante los ojos de su interlocutor que pugnaban por salirse de las órbitas.

Aquellas noticias lograron su objetivo: al interés del prohombre marroquí por encabezar la embajada por el éxito que entrañaba para su posición en la corte de Fez y por el gusto de conocer ciertas ciudades de la península con profunda huella árabe, se agregó el deseo de presenciar corridas de toros en las que un diestro a pie se enfrentara al animal manejando únicamente muleta y espada, y de conocer las plazas levantadas o en fase de construcción en ciudades como Madrid, Sevilla, Béjar y Ronda.

El Gazel, con la ayuda de los dos españoles, de los consejeros judíos y de Muley Dris, cuya voluntad terminó captando, jugó sus bazas con habilidad y acabó siendo nombrado embajador del sultán con plenipotencia para negociar un tratado de paz y comercio con el Reino de España.

## IV

La petición del cónsul Tomás Bremond causó gran sorpresa. En el largo correo en el que comunicaba al marqués de Grimaldi la designación de el Gazel como plenipotenciario de la esperada embajada, recalcaba la importancia de que se atendieran dos deseos del embajador marroquí: el primero, presenciar corridas de toros en los lugares de su recorrido donde hicieran parada suficiente para ello, y, el segundo, que su alojamiento en Madrid fuera lo más cercano posible a la nueva plaza de toros.

Cuando lo acabó de leer, Grimaldi frunció el ceño y puso cara de extrañeza compartida por el duque de Medinaceli y el marqués de Montealegre, designados por Carlos III para recibir y atender a el Gazel en su estancia madrileña. Jorge Juan Santacilia, el marino y científico que, de ir todo bien y por voluntad real, tendría que acompañar al marroquí de regreso a Fez para lograr la ratificación del tratado, sin descomponer su característica expresión de serena inteligencia apostilló: «¡Curiosa la afición taurina del embajador de Marruecos! Afortunadamente, el palacio del Buen Retiro, que es el mejor lugar para que resida en el Madrid veraniego que se va a encontrar, está cerca de la plaza de toros y nada mejor que pedir a las ciudades donde haga parada en su viaje hasta la capital que celebren corridas en su honor».

Así se ordenó y así se cumplió. El Gazel entró en Madrid por la puerta de Alcalá el 11 de julio de 1766 después de un largo viaje iniciado a primeros de mayo en Fez. Llegó muy satisfecho después de haber visitado con emoción la extraordinaria herencia que la cultura árabe dejó en Sevilla y Córdoba, y haber presenciado con deleite varios festejos taurinos. De entre ellos guardaba un muy grato recuerdo del celebrado en Medina Sidonia por ser la primera vez que presenciara la lidia y por habérselo encontrado por sorpresa, ya que la comitiva tuvo que permanecer en la enjalbegada



villa gaditana varios días por enfermedad de un integrante de su embajada.

## V

La estancia de el Gazel en Madrid fue grata y fructífera. Se alojó en el palacio del Buen Retiro, próximo a la plaza de toros a la que acudió en tres ocasiones para presenciar vistosas faenas a pie. Su carácter alegre y expansivo se alió con su interés por la cultura y las costumbres españolas para suscitar una corriente de simpatía hacia él. Visitó a Carlos III en su retiro veraniego del palacio de la Granja y todo se desarrolló con cordialidad y buen entendimiento.

Las negociaciones del tratado de paz y comercio concluyeron felizmente gracias a la férrea determinación de ambas partes de llegar a un acuerdo, lubricada por la mutua estima que había nacido entre las dos partes negociadoras. Botón de muestra de todo ello fue el artículo 1 del tratado que acabaría siendo ratificado por el sultán Mohamed en Fez el 28 de mayo de 1767 de la era cristiana y el día primero de la luna de Aulmoharram de 1181 de la mahometana: «La paz será firme y perpetua por mar y tierra, establecida con la más recíproca y verdadera amistad entre los dos soberanos y sus vasallos respectivos».

## VI

Cuando todos se las prometían muy felices, saltó la sorpresa. Jorge Juan, que se aprestaba para acompañar a el Gazel en su camino a Fez en calidad de embajador plenipotenciario de Carlos III para la ratificación final del tratado, urgió a Grimaldi que lo recibiera debido a un problema inesperado.

El marino y científico noveldense expuso al marqués que el Gazel, a través de su secretario Mohamed Ben Abó, le había hecho llegar su deseo de visitar Granada en el viaje de regreso a Fez para así conocer la Alhambra. «¿Y qué...? ¿Esa es toda la urgencia?» —interrogó el político de origen italiano con tono distante y despectivo—. Dispóngase todo para complacer al embajador del sultán de Marruecos», ordenó.

Jorge Juan no movió un músculo de la cara, dejó transcurrir unos densos segundos, y con palabra sosegada resquebrajó la actitud altanera de Grimaldi deslizándose con firmeza: «Eso no es todo, hay algo más que puede complicar la situación». El marqués dejó de levitar aguijoneado por una curiosidad que empezaba a teñirse de preocupación, y añadió: «¿De qué se trata?, ¿no será algo que pueda poner en peligro el tratado de paz y comercio?».

El plenipotenciario español, dueño ya de la escena, explicó que el regreso vía Granada estaba ya preparado y no suscitaba ningún problema, aunque ocultó que había trazado la ruta para pasar por su patria chica, el valle del Vinalopó y en especial por su pueblo Novelda, para que conociera también esta parte de España con tanta impronta árabe. «Bien está eso, pero, ¿qué es lo que puede complicar la ratificación del tratado?», apremió Grimaldi a un pausado Jorge Juan. El alicantino tomó aire como si estuviera necesitado de un fuerte impulso para soltar a continuación: «Un toro de lidia, un toro bravo de la mejor casta quiere el Gazel que forme parte de los regalos para el sultán Mohamed con los que su embajada vuelva a Fez». «Hágase, pues», espetó el marqués encaramándose de nuevo en su pedestal. Jorge Juan, herido por tanta altanería y desconocimiento, dejó de lado su habitual mesura, y se lanzó a pormenorizar las razones que hacían imposible este empeño y a explicar que, en el hipotético caso de que el toro bravo llegase con vida a Fez, sería un despojo que concitaría el desprecio del sultán y de su corte.

## VII

Su buen carácter y la flexibilidad ayudó a que, después de incontables dimes y diretes, el Gazel entrara en razón y acabara comprendiendo que su deseo de que la corte fecí conociera la nobleza y bravura de un toro de lidia era imposible, al menos como regalo que le acompañara en su largo viaje con el desplazamiento a Granada incluido.

Aun así, el acuerdo final únicamente se alcanzó merced una laboriosa transacción a la que se llegó después de intensa y prolongada negociación. El embajador marroquí se aferraba a su empeño, y la parte española, a cuya cabeza se situaba a las claras Jorge Juan, no quería desagradarle, pues era pieza sustancial para obtener la ratificación del ventajoso tratado en la capital del imperio marroquí.

La transacción empezó a librarse al hilo de una sugerencia de Jorge Juan, directo negociador de este espinoso asunto con Ben Abó. Después de incontables contorneos, de agotadoras idas y venidas y de un ejercicio de templada paciencia que le acabaría sirviendo de preparación para su embajada en Fez, se llegó a un acuerdo sobre el regalo tau-rino que viajaría a Marruecos.

En pocas palabras, se convino una fecha para celebrar en la plaza de toros cercana a la puerta de Alcalá una corrida. El Gazel exigió con disfraz de ruego que torearán en ella los maestros Pedro Romero y Costillares. De los toros que se lidiaran el embajador de Marruecos escogería uno, se descarraría su cabeza, sería desollado y con su piel se revestiría un armazón de madera lo más parecido posible al cuerpo del toro, al que se engazaría la cabeza de la res escogida. El artilugio viajaría con los dos embajadores hasta Fez y sería uno más de los presentes que se ofrecieran al sultán.

## NOTA DEL AUTOR

*Todos los personajes que desfilan a lo largo del relato son reales. La embajada de el Gazel y la de Jorge Juan tuvieron lugar en las fechas que aparecen. Todo lo que consta concerniente al tratado de paz y comercio entre Marruecos y España es realidad histórica. La afición de el Gazel por la fiesta de los toros figura en las crónicas de la época y en los trabajos históricos consultados. Los datos que recojo de toros y plazas son ciertas. Todo lo demás es fruto de la imaginación del autor.*

*Por fin, histórico es el tratado de paz y de comercio «establecido, sellado y firmado entre los muy altos y poderosos príncipes don Carlos III, rey de España y de las Indias, y el emperador de Marruecos Sidy Mohamet Ben Abdala, Ben Ismale, rey de Fez, Mequinez, Algarbe, Sus, Tafilite y Dra: siendo la parte contratante por su majestad católica su embajador plenipotenciario don Jorge Juan, que por su orden y al mismo efecto pasó a la corte de Marruecos: en el día 1º de la luna de Aulmoharram de 1181 de la era mahometana, o 28 de mayo de 1767 de la cristiana», como reza su preámbulo encabezado por un «Gracias a Dios Todo-Poderoso».*

\*\*\*\*\*